

La comunicación verbal en la mujer. 1

“Toda búsqueda de aprecio, de identidad, de afirmación o de confrontación con el mundo se reducen, en definitiva, a una búsqueda de interlocutor”.

MARTIN GAITE, Carmen: Prólogo a la 1ª edición de *La búsqueda del interlocutor y otras búsquedas*. Barcelona, Destino, 1982.

Mercedes GARCIA BASAURI

Siempre me ha llamado poderosamente la atención, a pesar de vivir en una cultura como la latina propiciadora de lo oral, la facilidad con que la gente dedica buena parte de su tiempo a la “cháchara”, la “charleta”, el “palique” o a “pegar la hebra” —que de innumerables y expresivas formas es designada esta actividad gratuita—, en los lugares más inverosímiles y a despecho de las, en ocasiones, desapacibles condiciones climáticas. En la boca del Metro, a la entrada de los bares, en el mismo vestíbulo de nuestra casa, cuando las visitas parecen inequívocamente dispuestas a marcharse (o, al contrario, cuando parece que nosotros por fin nos retiramos), las conversaciones no sólo se prolongan hasta rayar en la falta de discreción, sino que, incluso en esas situaciones en las que la plática está marcada por la precariedad, salen a la tierra nuevas raíces coloquiales de un árbol frondoso y espeso bajo cuyas ramas algunos deben de estar a sus anchas, y otros, sobre todo en estos tiempos de urgencias, pueden sentirse más bien atenazados por las lianas de la conversación.

El espectáculo de “lo narrativo”, de “lo conversacional” comienza a subyugarnos ya en la infancia, cuando la representación de los mayores hablando “de sus cosas” está frecuentemente vetada a los niños, a los que se escamotean sin ambages conversaciones enteras o fragmentos de conversación, frases, alusiones peligrosas o referencias, convirtiéndose así el discurso de los adultos en algo críptico o, cuando menos, plagado de reticencias. Como señala Carmen Martín Gaité,

“los niños barruntan los conflictos de los adultos, pero de ellos sólo les llega una sombra de desazón. Un niño no tiene el relato de sus mayores, y lo ansía” (1).

(1) MARTIN GAITE, Carmen: *El cuento de nunca acabar*. Madrid, Trieste, p. 309.

Dentro de ese espectáculo general casi inalcanzable y a veces espiado, suelen impresionar a los niños las largas parrafadas de sus madres con amigas, primas o vecinas, pues se imaginan más jugosas y entretenidas que las de los hombres, serios y aburridos, severos y bastante lacónicos, con la excepción de ese amigo de la familia o de ese pariente excepcionalmente simpático que a veces magnetiza con su charla a la audiencia infantil y adulta.

Resulta en ocasiones sorprendente la naturalidad con la que la gente, muy especialmente las mujeres, forma tertulia improvisada en la carnicería, en la cola del autobús, en la consulta del médico y, en general, en cualquier situación de aburrimiento y espera, con personas, fundamentalmente con otras mujeres, desconocidas unos minutos antes. Parece como si éstas tuvieran una necesidad imperiosa, cuando no compulsiva, de comunicar a los demás hasta las cosas más nimias, y una mayor facilidad que el varón para traspasar las barreras que todos, en mayor o menor grado, alzamos ante los otros. Frente al discurso aparentemente más racional y controlado de los hombres, da la impresión de que las mujeres tienden al uso de un lenguaje más emotivo, con la presencia de la sentimentalidad a flor de piel y con una proclividad a las confidencias que los hombres a menudo juzgan indecorosa e impúdica. Carmen Martín Gaité hace apreciaciones muy sutiles sobre el "discurso femenino", y escribe:

"La mujer es más proclive que el hombre a entregar su amor mediante las historias que cuenta y a considerar que, por el mero hecho de haber elegido a su interlocutor, le está haciendo un regalo cuya aceptación entraña cierto compromiso. Un hombre, con la narración apasionada de una mujer, pocas veces sabe qué hacer ni donde ponerla, se siente incómodo. Son mares, piélagos, las narraciones femeninas, y el hombre vacila, percibe que le pueden llevar a estrellarse contra inesperados arrecifes" (2).

La repetida queja de las mujeres de que sus maridos no las escuchan y su aislamiento secular en el recinto doméstico ¿justifican suficientemente el que ellas anden con tanta frecuencia a la búsqueda de un depositario/a de sus cuitas y elucubraciones? De un lado, los varones suelen acoger con desgana, censura o acritud esa tendencia a la verbosidad, escuchando impacientes o resignados, según los casos, el alud de advertencias, sucesos, súplicas o admoniciones de sus esposas, que tantas veces ha sido reflejado de manera caricaturesca en la literatura, el cine o el teatro. Mientras, las mujeres parecen no estar nunca bastante satisfechas con la cuota de atención que como oyentes los varones les dedican. ¿Quiere esto decir, entonces, que los hombres y las mujeres tienen unas necesidades de comunicación diferentes, un tipo de comportamiento verbal distinto?

Sólo muy recientemente, a partir de los años 70 y en el ámbito anglosajón de manera fundamental, se han llevado a cabo aproximaciones científicas

(2) *Ibidem*, p. 372.

ficas a las numerosas vertientes que puede tomar la comunicación verbal en relación con la mujer. Violeta Demonte (3) señala que sociólogos y lingüistas preocupados por la relación entre el lenguaje y el sexo han estudiado preferentemente tres cuestiones que, sin duda, requieren distintas metodologías para ser abordadas. Estas cuestiones son:

- la naturaleza y propiedades del hablar de las mujeres y lo que distingue a éste del de los hombres;
- la cuestión de la representación o la idea que la gente se hace de las mujeres a través de la lengua que hablan;
- el problema del sexismo en el lenguaje, es decir, el reflejo en éste del papel de la mujer en la sociedad (4).

También cabría plantearse, como hacen algunos autores, el problema de la supresión del “discurso femenino” —siempre que previamente hayamos convenido que existe una especificidad en el comportamiento verbal de la mujer, frente al lenguaje masculino presentado como sexualmente neutral y abarcadoramente universal— e, incluso, la “supresión de lo femenino en todo tipo de discursos” (5).

Naturalmente, aspectos tan complejos, amplios y controvertidos han sido analizados desde el punto de vista no sólo de los lingüistas, sino también desde el prisma de la Sociología, de la Historia, de la Psicología, de la Antropología, etc. En todo caso, la mayoría de los estudios de que disponemos se centran en establecer la descripción del fenómeno, su etiología y/o presentar prescripciones sobre el mismo, de modo que podemos sintetizar sus planteamientos en los siguientes puntos:

- descripción de las diferencias sexo-lingüísticas en orden a la articulación fonética, los patrones suprasegmentales, los hábitos sintácticos, los hábitos léxicos, las variaciones en la semánticidad de las expresiones (6) y la capacidad comunicativa en sentido amplio: caudal de vocabulario, recursos, técnicas y temas conversacionales (7);
- relación de las diferencias sexo-lingüísticas con las diferencias de “rol” social y cultural ancestralmente delimitado entre el hombre y la mujer;
- descripción de la forma en que se presenta el “sexismo” (8) o la “dis-

(3) Cfr. DEMONTE, Violeta: *Naturaleza y estereotipo: la polémica sobre un lenguaje femenino*. *Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1982, Vol. I, pp. 215-231.

(4) *Ibidem*, p. 216.

(5) BREITLING, Gisela: *Lenguaje, silencio y discurso del arte: sobre las convenciones del lenguaje y la autoconciencia femenina*. En *Estética feminista*. Barc., Icaria Edit., 1986, p. 220.

(6) Cfr. BUXO REY, M^a Jesús: *Antropología de la mujer. Cognición, lengua e ideología cultural*. Barc., Ed. Anthropos, 1988, pp. 106-107.

(7) DEMONTE, p. 217.

(8) Por “sexismo” entendemos “el hecho de considerar, a nivel consciente o a nivel subconsciente, que uno de los sexos tiene una intrínseca superioridad sobre el otro”. Cfr. MESEGUER, Alvaro: *Lenguaje y discriminación sexual*. Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1977, pp. 35-61.

crimianación sexual” hacia las mujeres en el lenguaje que habitualmente empleamos, y reflexión sobre las posibilidades reales que existen de erradicar esta práctica. En este sentido, resulta especialmente interesante para las personas que forman parte del ámbito educativo, alumnos, profesores y, sobre todo, futuros maestros, averiguar si el sexismo se produce habitualmente en las aulas y de qué manera (9).

La amplitud del tema que hemos elegido para elaborar este artículo nos obliga a tratarlo en trabajos sucesivos. En esta ocasión nos vamos a limitar a enumerar, como hacemos más arriba, los puntos esenciales que deben ser tenidos en cuenta a la hora de abordar este fenómeno, y a presentar algunas consideraciones generales sobre la forma en que histórica y literariamente ha sido caracterizado el comportamiento verbal femenino. Antes de acercarnos a planteamientos sostenidos por lingüistas y antropólogos, por ejemplo, nos parece de interés espigar de manera perentoria y rápida en los escritos de algunos autores o en ciertas obras que entendemos resultan representativas al respecto.

MULIERES MAXIME DECET SILENTIUM ET TACITURNITAS

Sobre lo que Violeta Demonte llama “la cuestión de la representación o la idea que la gente se hace de las mujeres a través de la lengua que hablan” podrían hacer significativas aportaciones los historiadores, más concretamente los especializados en Historia de las Mentalidades. Si nos situamos en el mirador de la Historia y tomamos como fuentes la literatura escrita, observaremos cómo en la cultura producida fundamentalmente por hombres han quedado reflejados algunos estereotipos sobre los comportamientos verbales de las mujeres y han dado lugar, difundidos oralmente de forma profusa, a tópicos fundamentados o no.

Si hacemos una síntesis generalizadora sobre nuestra cultura en relación al tema que nos ocupa, habremos de anticipar que en la documentación escrita consultada la caracterización que globalmente se realiza de la mujer tiende a hacer hincapié reiteradamente en su emotividad exagerada, irracionalidad, vehemencia, voluptuosidad amenazadora, ausencia de criterio, ligereza de juicio, tendencia a la envidia y a la ociosidad, ambición, capacidad de manipulación, falta de constancia, etc., proclividades todas ellas necesitadas de una disciplina correctora que habría que venir de la mano del varón. Pero, además, no suele faltar en esos mismos textos la

(9) Cfr. BUXO REY, p. 113 y ss. y SUBIRATS, M. y BRULLET, C.: *Rosa y azul. La transmisión de los géneros en la escuela mixta*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1988.

censura a la charlatanería, maledicencia y capacidad considerada proverbial para persuadir, convencer y embaucar, de modo que durante miles de años se ha alimentado el mito de la supremacía de la mujer para dominar al hombre haciendo uso de la palabra y de su cuerpo.

Ya nuestra madre Eva, engañada por la serpiente, arrastró a Adán a conculcar las leyes del Creador, de donde se derivó la necesidad de que fuera la mujer la que afrontara la culpabilidad por los males que habrían de afligir a la humanidad. Así, Tertuliano, apologista del Cristianismo, escribe en el siglo III:

“Mujer, eres la puerta del infierno. Has persuadido a aquél (a Adán) a quien el diablo no se atrevía a atacar de frente. Por tu culpa tuvo que morir el Hijo de Dios; deberías ir siempre vestida de luto y harapos”.

San Pablo, por su parte, en la *Epístola primera a los Corintios*, dice:

“Que vuestras mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les está permitido hablar, pues a ellas se les manda obedecer; así lo dice la ley”.

“Y si quieren aprender alguna cosa, que se lo pregunten a sus maridos en su casa, porque es una vergüenza que las mujeres hablen en la iglesia”.

A su vez, San Bernardo dice de las mujeres que sus caras son como viento abrasador, y sus voces como silbidos de serpiente. (No olvidemos, por cierto, que en la antigüedad existía el mito de las sirenas, mitad mujeres, mitad aves, que atraían a los navegantes con su música y canto).

En la cultura semítica anida un temor indisimulado a la perdición que puede venir al prestar oídos a las palabras de la mujer. En los *Proverbios* de Salomón contra el adulterio, el rey bíblico dice:

“Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre (...). Para que te guarden de la mala mujer, de la blandura de la lengua de la extraña”.

Por otra parte, como es sabido, entre los musulmanes la palabra de la mujer en un juicio vale la mitad que la del hombre.

La literatura medieval española, deudora en gran medida de los afluentes orientales y árabes que en ella han desembocado, participa de prejuicios misóginos repetidos una y otra vez hasta la saciedad. *Los cuentos de Sendebár*, también llamado *Libro de los engaños y de los ensañamientos de las mujeres*, es uno más de entre los numerosos textos de origen foráneo que dejaron su huella en la prosa moralizante medieval de nuestro país. Las versiones más antiguas de esta obra parecen ser las llamadas orientales: castellana, siríaca, hebrea, persa y árabes (10). Fue vertida a

(10) Véase el Prólogo de Angeles NAVARRO PEIRO a *Los cuentos de Sendebár*. Sabadell, Ed. AUSA, 1988.

nuestra lengua, a partir de un texto árabe perdido, en 1253, a instancias de D. Fadrique, hermano de Alfonso X. Como en otras de la misma tendencia y origen, se trata de demostrar la capacidad embaucadora y las malas artes de las mujeres, consideradas de naturaleza astuta y simuladora, capaces de las calumnias más infames con tal de conseguir sus fines. (En este caso concreto, se pretende eludir la responsabilidad de un intento de seducción no consumado por parte de la favorita del rey hacia el hijo de éste). Al mismo tiempo, y dado el carácter ejemplificante y didáctico de este tipo de literatura, se alerta a los hombres sobre los peligros que les acechan si no se cuidan de las maquinaciones de las mujeres. Hacia el final del libro y casi como conclusión, los siete sabios que aconsejan al rey le cuentan las peripecias de un hombre muy sabio que se dispuso a escribir sobre el engaño de las mismas.

Este “reunió libros, muchísimos libros sobre su engaño y pensó que no quedaba ya engaño por escribir”, pero todavía la mujer del gobernador de una ciudad, además de intentar cometer adulterio con él, le enseñará una nueva forma de burlar a su marido, con lo cual el sabio, que creía haber reunido y escrito todo lo concerniente al engaño de las mujeres, concluirá: “En vano he trabajado” (11).

Pero quizá el autor medieval que hizo un compendio más amplio de los defectos y pecados de las mujeres fue Alfonso Martínez de Talavera, que escribió el *Corbacho* en el siglo XV. Nos interesa destacar aquí su insistencia sobre varias características consideradas secularmente femeninas: el afán por hablar, su naturaleza murmuradora y sus frecuentes mentiras.

En la Segunda parte, capítulo II del *Corbacho*, habla el Arcipreste “de cómo la muger es murmurante e detratadora”, y escribe:

“La muger ser murmurante y detractadora, regla general es dello: que si con mill fabla, de mill fabla cómo van, cómo están, qué es su estado, qué es su vida, cuál es su manera. El callar le es muerte / muy áspera/: non podría una sola ora estar que son profanace de buenos e malos” (12).

Y en el capítulo XII, “De cómo la muger parlera siempre fabla de fechos agenos”, encontramos:

“La muger ser mucho parlera, regla general es dello: que non es muger que non quiesse siempre hablar e ser escuchada. E non es de su costumbre dar lograr a que otra fable delante della; e, si el día un año durase, nunca se fartaría de hablar e non se enojaría día nin noche. E por ende verás muchas mugeres que, de tener mucha continuación de hablar, quando non ha con quién hablar, están hablando consigo mesmas entre sí

(11) Sin embargo, la astucia —frecuentemente alabada en la literatura oriental—, la inventiva y la persuasión de una mujer, Sherezade, serán premiadas con la condonación de la muerte y con el amor del rey en *Las mil y una noches*.

(12) MARTINEZ DE TALAVERA, Alfonso: *Arcipreste de Talavera o Corbacho*. Madrid, Catedra, 1981, p. 154.

(...). E con esto nunca los secretos de otro a otra podría celar. Antes te digo que te debes guardar de aver palabras con muger que algund secreto tuyo sepa, como del fuego; que sabe, como suso dixere, non guarda lo que dize con ira la muger aunque el tal secreto de muerte fuese, o venial; e lo que más secreto le encomendares, aquello está rebatando e escarvando por lo dezir e publicar; en tanto que todavía fallarás las mugeres por reconcillos, por renconadas e apartados, diziendo, hablando de sus vezinas e de sus comadres e de sus fechos, e mayormente de los ajenos.

Siempre están hablando, librando cosas ajenas: aquélla cómo bive, qué tiene, cómo anda, cómo casó e cómo la quiere su marido mal, como ella se lo meresce, cómo en la iglesia oyó dezir tal cosa; e la otra responde otra cosa. E así pasan su tiempo despendiéndolo en locuras e cosas vanas que aquí especificarlas sería imposible" (13).

La cita es larga pero creemos que merece la pena reproducirla porque, al menos, el Arcipreste expresa su misoginia con extremada viveza y sabor.

Torrellas, poeta de la corte literaria que Alfonso V de Aragón tenía en Nápoles, es otro ejemplo famoso de lo que hoy llamaríamos antifeminismo. En sus *Coplas de maldezir de mugeres* incluidas en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, podemos hallar versos como los que siguen referidos a las damas:

Sintiendo que son sugetas
y sin ningún poderío,
a fin d'aver señorío
tienen engañosas setas:
entienden en afeytar,
y en gentes para traer,
saben mentir sin pensar,
reyr sin causa y llorar
y embaydoras ser (14).

Y en la galería de escritores misóginos célebres no puede faltar la mención a Quevedo, quien tanto en su prosa como en su poesía muestra una enorme virulencia hacia el elemento femenino en particular, aunque su pluma no hacía distinciones de género cuando se trataba de atacar a los enemigos. Sus acusaciones contra las mujeres siguen siendo las que tradicionalmente les habían sido imputadas, poniendo mayor énfasis en el adulterio femenino y dedicando de forma especial un libro a ciertas damas: las "cultas latiniparlas". *La culta latiniparla* tiene un subtítulo que dice así: *Catecismo de vocablos para instruir a las mujeres cultas y embrilatadas. Lleva un disparatario como vocabulario, para interpretar y traducir las damas jerigonzas que parlan el alcorán macarrónico, con el laberinto de las ocho palabras. Compuesto por Aldobrando Anatema Cantacuzano, graduado en tinieblas, docto a oscuras, natural de las Soledades de Abajo.*

(13) *Ibidem*, pp. 194-195.

(14) Cit. por OÑATE, M^a del Pilar: *El feminismo en la literatura española*. Madrid, Espasa Calpe, 1938, p. 44.

Dirigido a doña Escolástica Poliantea, señora de Trilingüe y Babilonia (15).

El interés innegable de la mujer por la conversación la llevará, a partir de la Edad Moderna, a frecuentar las tertulias. Quizá en alguna de ellas conoció Quevedo a cultas latiniparlas. Secularmente, la mujer que no tenía la necesidad de salir a trabajar al campo o al mercado permanecía en el espacio doméstico, limitándose a “sentir el palpito del mundo”. De ahí la avidez con que esperaba sus escasas salidas a la iglesia, a una boda o para asistir a un acontecimiento similar. Eran estas ocasiones de entrar en contacto con el mundo exterior y de intercambiar informaciones con parientes y amigas. Según cuenta Deleito y Piñuela,

“se extendió en el siglo XVII la vida de relación entre familias burguesas y aristocráticas, siendo frecuentes las visitas, las tertulias y los obsequios mutuos; todo habitualmente dentro de un ritual prefijado” (16).

“En esas tertulias —sigue diciendo Deleito— era lo correcto que las muchachas extremasen el recato cuando habían de hablar con varones”.

Las damas iban a veces a reuniones exclusivamente de amigas, donde eran obsequiadas con el típico chocolate y golosinas, y hablaban al parecer, dada su deficiente instrucción, de asuntos frívolos y domésticos, de otras amigas o de devaneos amorosos. Aunque la separación de sexos era lo habitual, en algunas reuniones coincidían hombres y mujeres de clase distinguida:

“Por la extraña mezcolanza de cosas opuestas que reinaba en aquella sociedad, el recato exigido a las jóvenes, lindante con la adustez y con la gazmoñería, era compatible con el lenguaje crudo y aun desvergonzado que empleaban habitualmente no sólo las mujeres, incluso las solteras, entre sí, sino en sus charlas con los hombres. En las tertulias de ambos sexos era frecuente recitar versos, a veces indecorosos, de los que se oían en coplas por las calles” (17).

Un siglo después, las costumbres y relaciones de las mujeres iban a cambiar aun más, al menos las de las damas de posición elevada. Como ha indicado Carmen Martín Gaité en *Usos amorosos del dieciocho en España*, en ese momento histórico era frecuente que las mujeres de la alta sociedad, casadas, tuvieran un “cortejo”, es decir, un enamorado o amigo que les rendía pleitesía y con el que mantenían relaciones fundamentalmente platónicas. Pero lo que nos interesa aquí consignar es que “la entraña original del fenómeno residía en el hecho de la conversación a un hombre que

(15) Capítulo especial merecería la representación llevada a cabo por la literatura de la mujer culta, “marisabidilla” o con inclinaciones “noveleras” o escritoras.

(16) DELEITO Y PIÑUELA, José: *La mujer, la casa y la moda (en la España del rey poeta)*. Madrid, Espasa Calpe, 1966, p. 102.

(17) *Ibidem*, p. 104.

no fuera el propio marido" (18). La mujer en este siglo empieza a rebelarse contra su situación de aislamiento y a demandar compañía para llenar su ocio, al estar sus esposos "demasiado ocupados" y sus mujeres "demasiado poco", como afirmaba un marido genovés partidario de la nueva moda (19). Pero estas "conversaciones" parece que estaban presididas por la mayor banalidad e insustancialidad. En ellas los temas que se trataban con más frecuencia eran los referidos a modas, maledicencias y criadas. Ahora bien, los hombres que las servían de interlocutores, los petimetres o currutacos, considerados por algunos autores como afeminados, no sostenían pláticas de mayor altura: caían en el amaneramiento, la charlatanería, el empleo de una jerga trufada de galicismos importados de París, en la extravagancia y en un interés desmesurado por el atuendo y las actitudes consideradas de buen tono. Sin embargo, atraídas por el "majismo", tan de moda en la época entre las clases bajas, muchas de estas mujeres de posición no dudaron en introducir en sus costumbres, y sobre todo en su lenguaje, aspectos vulgares inéditos en personas distinguidas (20).

EL PODER DE LA PALABRA

Los ejemplos de alusiones al comportamiento verbal de la mujer encontrados tanto en obras literarias como historiográficas podrían multiplicarse por mil. Las breves referencias anteriores forman parte de un "continuum", al que no se ha puesto fin, donde se reflejan el interés, la desazón, la suspicacia, los prejuicios, la censura o el afán de control inspirados por un discurso, el femenino, sentido habitualmente como distinto, desmesurado, irracional, irritante, peligroso en fin.

En otra ocasión señalaremos los condicionamientos que han podido influir en la conformación de ese comportamiento lingüístico —distinto al menos en parte— y nos detendremos aquí en la consideración de algunas razones que quizá han contribuido en la producción y mantenimiento de otro tipo de discurso descalificador y crítico hacia el utilizado por las mujeres.

La actitud masculina frente al discurso femenino es paralela a la posición que el hombre ha mantenido ancestralmente frente a todo lo que hacía referencia a las mujeres, posición incómoda, contradictoria y ambivalente, oscilando, como manifiesta el historiador de las mentalidades Jean

(18) MARTIN GAITE, Carmen: *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona, Anagrama, 1988, p. 8.

(19) *Ibidem*, p. 19.

(20) *Ibidem*, Cap. II, pp. 69-112.

Delumeau, entre la acción y la repulsión, la admiración y la hostilidad (21). No pocos son los investigadores que comparten la opinión de Delumeau al poner de relieve que la mujer, antes incluso de los tiempos históricos, ha inspirado en el varón un poderoso sentimiento de miedo, a causa, fundamentalmente, de la capacidad reproductora de la mujer (22), del misterio de su maternidad, de su vinculación con la naturaleza y de la posesión de una sexualidad fantaseada como insaciable y devoradora. Así, el hombre, dotado de mayor fuerza física y eximido de las cargas y limitaciones que conlleva la generación de la prole, mediante complejos mecanismos que explica minuciosamente la Antropología, consiguió asignar a la mujer un "rol" económico-social inferior tendente a dominar a un ser incomprendible, motejado de irracional y contemplado, al menos desde Aristóteles, como un "macho deficiente e imperfecto". Pero ese intento de dominio necesitaba de una racionalización "a posteriori", y para llevarla a cabo eficazmente se elaboró un tipo de discurso todavía vigente. De este modo, el hombre ha necesitado, para afirmarse, definirse como "apolíneo y racional por oposición a la mujer, dionisiaca e instintiva, más invadida que él por la oscuridad, lo inconsciente y el sueño" (23).

El discurso misógino es un fenómeno, como hemos visto, tan antiguo como la Biblia, y ni siquiera la igualdad de sexos preconizada por el Evangelio triunfa en un contexto cultural fuertemente condicionado (24). Así, al adentrarnos en el Medievo, encontraremos numerosos textos paradigmáticos de lo que hoy consideraríamos antifeminismo implacable, pues "la Edad Media 'cristiana', en una medida bastante amplia, sumó, racionalizó e incrementó los agravios recibidos de las tradiciones que heredaba" (25). Y aunque en el Renacimiento se cruzaron dos líneas de evolución, una de las cuales era favorable y la otra desfavorable al "segundo sexo", en esa época la promoción de la mujer se produjo "a pesar de las autoridades en el poder y de la ideología oficial" (26). De otro lado, esa promoción no afectó a la mayoría de las mujeres, sino a una minoría distinguida (27).

(21) Cfr. DELUMEAU, Jean: "Los agentes de Satán. III. La Mujer". En *El miedo en Occidente*. Madrid, Taurus, 1989, p. 471.

(22) Estos temores se debieron de agudizar cuando apareció la propiedad privada. La ansiedad del varón ante la posibilidad de ser heredado por un hijo no engendrado por él propició la reclusión de la mujer y el desarrollo de una legislación encaminada a asegurar hasta donde fuera posible la transmisión de la herencia a hijos "auténticos". Sin embargo, los mismos hombres de leyes romanos reconocían que sólo "mater sempre certa est".

(23) DELUMEAU, p. 473.

(24) Según Jean Delumeau, los obstáculos con los que se encuentra esa igualdad novedosa propagada por el Evangelio residirían en las estructuras patriarcales de judíos y grecorromanos, y en la tradición intelectual que desde el pitagorismo, el estoicismo y Platón preconiza la separación de las realidades terrestres y desprecia el trabajo manual y la carne. *Ibidem*, p. 478.

(25) *Ibidem*, p. 483.

(26) *Ibidem*, p. 514.

(27) *Ibidem*, p. 515.

Hemos hecho referencia más arriba a textos literarios, pero el contenido de sermones y tratados médicos, legales (28) o teológicos fue durante siglos incluso más exaltado. Como es bien sabido por los historiadores de la Literatura (29), el sermón, a partir del siglo XIII, jugó un importante papel en la difusión, no sólo religiosa, sino también cultural e ideológica, ya que cualquier vehículo de transmisión oral se revelaba especialmente eficaz ante un auditorio casi completamente analfabeto. Este discurso era propagado por clérigos y predicadores obligados a mantener la castidad y el celibato, temerosos del otro sexo, al cual, “para no sucumbir a sus encantos lo declaraban incansablemente peligroso y diabólico” (30). Pero estas prédicas derivaban de una doctrina establecida desde mucho antes por obras doctas, las cuales conocieron nuevo esplendor gracias a la imprenta, “que contribuyó a abrumar a la mujer, al mismo tiempo que reforzaba el odio al judío y el temor al fin del mundo” (31). Delemeau —historiador católico, por otro lado— demuestra palmariamente que se llega a producir una “diabolización” de la mujer, y que el antifeminismo virulento difundido oralmente y por medio de escritos “no podía dejar de desembocar en la justificación de la caza de brujas” (32).

Como apuntábamos en otra parte de este artículo, consideramos que los miedos muchas veces inconscientes que ha provocado la figura de la mujer se han dirigido manifiestamente a controlar su cuerpo y su palabra, al contemplarse a ambos como factores preeminentes de seducción y descontrol. En lo que concierne al segundo aspecto, no es necesario extenderse en apreciaciones sobre la importancia de la lengua, no sólo como vehículo de comunicación, sino también como símbolo social y poderoso instrumento para manipular y paralogizar. Baste recordar que la palabra, como instrumento de expresión libre, ha sido siempre temida por los grupos dominantes, y que “su control es un universal de las relaciones asimétricas existentes entre los grupos sociales y los grupos étnicos” (33).

No es de extrañar, pues, que, por ejemplo en los siglos XV al XVII, las manifestaciones misóginas tuvieran como blanco el habla de las mujeres, pues nos situamos en una época en la que “de arriba abajo de la sociedad, se exalta, pero también se teme hasta el máximo el poder de la palabra (pensemos en la maledicencia que marchita el honor, en el interés por la

(28) Recuerda Delumeau que “ciertos tribunales admiten que el testimonio de un hombre vale por el de dos mujeres”, posición sustentada por el jurista Juan Bodino, “que cita a este respecto la legislación veneciana (y la de Oriente), y asegura que, como testigos, las mujeres ‘siempre son menos creíbles que los hombres’”. *Ibidem*, pp. 510-511.

(29) A propósito de la importancia del sermón en la literatura, véase DEYERMOND, A. D.: *Historia de la literatura española. I. La Edad Media*. Barc., Ariel, 1979, pp. 114-115.

(30) DELUMEAU, p. 489.

(31) *Ibidem*, p. 490.

(32) *Ibidem*, p. 496.

(33) BUXO REY, p. 92.

retórica, en la acción de los predicadores)”, y en la que “inquieta vivamente el parloteo femenino que los hombres han de esforzarse por controlar” (34).

Si la mujer históricamente no ha tenido el poder político, económico y cultural de la forma directa en que lo han poseído los hombres, es coherente con esta premisa la suspicacia ante las formas indirectas en que se puede disfrutar de ese poder: a través de la seducción por medio de la palabra, de la persuasión y de la intriga, a través de estrategias, en fin, en las que el componente verbal es insoslayable y decisivo (35).

(34) DELUMEAU, p. 523.

(35) Resulta significativa la forma en que es tratada la capacidad para persuadir en dos momentos históricos tremendamente alejados en el tiempo. Según una leyenda, Casandra, personaje que aparece en *La Ilíada*, había recibido el don de la profecía del dios Apolo, el cual, enamorado de ella, le había enseñado a adivinar el porvenir si accedía a entregarse a él. Casandra aceptó el pacto, pero una vez instruida, se negó a cumplirlo. Así, Apolo le escupió en la boca y le retiró no el don de la profecía, pero sí el de la persuasión. Cfr. GRIMAL, Pierre: *Diccionario de mitología griega y romana*. Barc., Paidós, 1982, p. 89. Por su parte, una de las características que más maravillan de *Celestina*, en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, es su verbo adulador y persuasivo que, en último extremo, acarreará la muerte de los que se han dejado arrastrar por la alcahueta.